



Santos Juliá

**Nunca son
inocentes
las palabras**

Edición de

Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón

SANTOS JULIÁ

Nunca son inocentes
las palabras

Artículos sobre política en *El País*
(1982-2019)

Edición de Miguel Martorell
y Javier Moreno Luzón

Con la colaboración de
Guillermo María Muñoz

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,
Premio Todos Tus Libros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2025

© Herederos de Santos Juliá, 2025
© de la edición: Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 79-2025
ISBN: 978-84-10107-87-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción, <i>Miguel Martorell y Javier Moreno Luzón</i>	15
I. TANTAS OPORTUNIDADES PERDIDAS (1982-1996)	25
1. PSOE: de la taberna al Gobierno	31
2. La LODE y la doble lógica episcopal	36
3. Ética y neutralidad	40
4. Un partido sin palabras	43
5. Correligionarios	46
6. Símbolos para la violencia. Raíces católicas y nacionalistas de la lucha armada en Euskadi.	49
7. El ángel exterminador	52
8. Vieja corrupción	55
9. Simplificar las cuestiones	59
10. Vieja nación, fiesta imperial.	62
11. Nostalgia de la razón universal	65
12. Moderados	68
13. Binomio o caos	72
14. Decir que no	75
15. Fe en España	77
16. La nación frustrada	79
17. Como una línea Maginot.	82
18. Un socio en Cataluña.	84
19. Azaña, en la derecha	86
20. Algo más que un enfado	88
21. No matar	90

22. Elogio de funcionarios	92
23. De conjuras y culturas	94
24. Como el partido hermano	96
25. Tramposa simetría.	98
26. Retorno del anarcocristianismo	100
27. Mentir como dioses	102
28. El discurso de la guerra	104
29. No aguardar a ser sol que se pone	106
30. Sin rumbo fijo	108
31. Los dos cuerpos del Rey	110
32. Larga marcha hacia el centro.	112
33. Al poder por la muerte	114
34. Madrid, Euskadi	116
35. Vacío de memoria	118
36. Nación como religión	120
37. La culpa, a la Transición	122
38. Tantas oportunidades perdidas	124
39. Ganas de centro.	126
40. La otra España	128
41. Juegos insensatos.	130
II. HAZTE RICO (1996-2004)	133
1. Invitación a la cordura	139
2. Palabra de político	142
3. Hecho diferencial y resto de España	144
4. Fuera de la Moncloa	146
5. Entre vascos	148
6. Con el Estado	150
7. Saturados de memoria.	152
8. Más de una docena	154
9. Amigos políticos	156
10. Menegilda de la derecha	158
11. Que veinte años es mucho	160
12. Si esto es un hombre	162
13. Solos en su orilla	164

14. Nacionalistas siempre ganan	166
15. Estabilidad por autogobierno	168
16. Arriesgada ocurrencia	170
17. Un lugar en la foto.	173
18. Raíces de la Constitución.	175
19. Neocaciquismo	177
20. Once en todo el siglo	179
21. La losa del pasado	181
22. Hazte rico	183
23. Mímesis irlandesa	185
24. ¿Habrá elecciones y partidos políticos?	187
25. El honor de un general.	189
26. Noche de cristales rotos.	191
27. La Academia se columpia	193
28. Con un discurso, secretario general	195
29. Un intelectual pide disculpas	200
30. Dialogar, ¿para qué?	202
31. Un talante autoritario	204
32. Fabricación del enemigo	206
33. Reinventar la historia	208
34. Contra la resignación	210
35. Mi querido amigo Menéndez.	212
36. La Iglesia tiene razón.	214
37. La vendimia del Estado	216
38. Emigrantes, no: exiliados.	218
39. Auschwitz puede repetirse	220
40. De rodillas.	222
41. Nuestro amigo americano	224
42. Sin bandera	227
43. Acuerdo sobre el pasado	229
44. Las naciones frente al Estado.	231
45. El Parlamento desdeñado	235
46. ¿Quién teme a la reforma constitucional?	237

III. FALTA DISCURSO, SOBRA CONVERSACIÓN (2004-2011) . . .	241
1. Echar al Gobierno	247
2. Con piedra blanca	249
3. Ni dios, ni pueblo, ni nación	251
4. Pasión de España	254
5. Plural y una	256
6. De la cuna a la tumba	258
7. Falta discurso, sobra conversación	260
8. ¿A dónde va el Partido Popular?	263
9. Sin ningún entusiasmo	265
10. Entre fortuna y virtud	267
11. Memorias en lugar de memoria	269
12. Nunca son inocentes las palabras	272
13. Aquel día memorable	274
14. Trampas de la memoria	276
15. Palabras y hechos	280
16. La nueva clase	282
17. Violentar la Constitución indefinidamente	284
18. El poder del Rey	287
19. Una personalidad autoritaria	290
20. Entusiasmos y obsesiones	293
21. De El Escorial a las Azores	295
22. Una crisis es una crisis, es una crisis	296
23. Inventariar todos los muertos	298
24. El pasado como representación	301
25. Lugares de la memoria histórica	303
26. Polarización inducida	305
27. Corrupción, vieja amiga	307
28. Cataluña/España	310
29. Cierre de filas cerradas	312
30. Y la chispa no incendió la pradera	314
31. No caber por haber cabido	316
32. Mirando hacia atrás	319
33. Sobre la impunidad de los crímenes del franquismo	321

34. Estado y mercado	323
35. Duelo por la República española	325
36. El arte de la interpretación.	330
37. ¿Qué les pasó a nuestros abuelos en la guerra?.	332
38. ¡Viva la regeneración!	335
39. Desalmado capital.	337
40. Parados y en la calle, indefinidamente	340
41. Una desgracia de diccionario.	342
42. La gran rapiña.	344
43. Esto ya no es una crisis	347
IV. EL FUTURO DE NUESTRA DEMOCRACIA (2011-2019)	351
1. Tantas prisas	359
2. Una imposible resignificación	361
3. Políticos y profesionales	364
4. La estrategia del superviviente	366
5. Cuando Dolores era «nuestro secretario general»	368
6. Algo más que un error.	371
7. Escribir de política es llorar.	373
8. ¿Son representativas nuestras instituciones?	375
9. Sin horizonte.	377
10. Entusiasmados por el poder	379
11. Desigualdad como antesala de la ruina	382
12. La erosión de la Monarquía.	384
13. Tantas naciones floreciendo...	388
14. Último servicio de la democracia	391
15. Una tradición inventada	394
16. Gente será, mas gente empoderada	398
17. Corrupción como quiebra del Estado	401
18. Herida por la historia	405
19. Mucha frase, ningún discurso	406
20. La devastación de los bienes públicos	409
21. Sin rumbo y dividido	413
22. Con violencia despiadada	417
23. ¿Qué hay de nuevo en los nuevos partidos?	420

24. Como si votáramos por vez primera	424
25. Catalanes en España	427
26. Salir de la trampa	431
27. Algo va mal.	434
28. ¿Un sistema gripado?	435
29. Huelga general de electores	436
30. Crisis, caída y escisión del PSOE.	439
31. Un relato para uso político	442
32. El orgullo de un nombre	445
33. La ruptura nacional populista	448
34. Insensata aventura.	452
35. Y el Estado seguía allí	453
36. La coalición del rechazo	456
37. Sobre el futuro de nuestra democracia	460
V. LÉXICO POLÍTICO (2018-2019)	465
1. Reconciliación nacional	469
2. <i>Proces</i>	471
3. Derecho de autodeterminación	473
4. Corrupción española.	475
5. Valle de los Caídos	477
6. Rebelión	480
7. Reforma constitucional.	482
8. Fascista	484
9. Conflicto.	486
10. Inscritos/as	488
11. Nacionalidades	490
12. Plataforma	493
13. Nación de naciones	495
14. España rota	497
15. Nuestra guerra	499
16. Izquierdas	501
17. Derechas	504
18. Hijos de los vencedores	506
19. Europeísmo.	508

20. Autonomías	510
21. Jefe del Estado	513
Agradecimientos	517
Índice onomástico	519

I

TANTAS OPORTUNIDADES PERDIDAS
(1982-1996)

Integran este primer capítulo 41 artículos publicados entre el 29 de octubre de 1982 y el 25 de febrero de 1996, correspondientes a las cuatro legislaturas consecutivas de mayoría socialista que sostuvieron a Felipe González en el Gobierno. Hay una notable descompensación en la cadencia de los textos, pues entre 1982 y febrero de 1994 Juliá colaboraba esporádicamente con el periódico y, aunque su presencia fue cada vez más frecuente, sólo a partir de esta última fecha empezó con las columnas semanales. Dicho ritmo queda reflejado en la selección, de modo que trece artículos abarcan el periodo que se extiende hasta febrero de 1994, mientras que veintiocho pertenecen a los dos años siguientes.

La mayoría de los textos fueron muy críticos con el acontecer político. Escaseaban los elogios, reservados por ejemplo a los funcionarios que ejercían la labor de vigilancia frente a taras como la corrupción. Para entender tal actitud conviene recordar la frase que encabeza la introducción de este libro y que figura en el artículo «Decir que no», publicado el 3 de marzo de 1994. Sostuvo allí que aún quedaba una tarea para los intelectuales de su tiempo: investigar «las patologías del sistema democrático» y exponerlas «al debate público». Esta es la premisa en la que se basaban todos sus artículos.

El eje del bloque gira en torno a la acción de los socialistas en el Gobierno. El primer texto repasa en pocas pinceladas la historia del Partido Socialista Obrero Español (PSOE) desde sus orígenes hasta el 28 de octubre de 1982. La etapa que comenzó en esta fecha

suscitaba en Juliá una sensación ambivalente: por un lado, abría «un signo de esperanza», pero también «su probable frustración» porque eran muchas «las expectativas de reformas». Poco a poco, irá pesando más lo segundo. El balance general contaba a su favor con la consolidación del Estado de bienestar, al «administrar la misma mezcla de liberalismo y socialdemocracia que sirvió de base al gran pacto político y social de la posguerra en Europa», reconoció en febrero de 1995. Pero años antes, en junio de 1989, había constatado cómo se frustraban «hondamente las expectativas».

El desencanto se atisbaba ya en 1986, cuando advirtió que el PSOE, preocupado sólo por aferrarse al poder, carecía de discurso. Luego llegaron los escándalos de corrupción; la certeza de que el clientelismo había vuelto a cooptar el Estado; la cultura del *pelotazo*; las censuras al liderazgo carismático de Felipe González, que coaguló toda crítica constructiva dentro del partido, o la implicación estatal en la guerra sucia contra ETA, el grupo terrorista vasco, «la página más negra de nuestra reciente historia política», según consignó en julio de 1995. Juliá analizaba todos estos fenómenos desde una perspectiva histórica, enlazando presente y pasado.

Ocupado casi todo el espacio político nacional por el Partido Socialista, escasearon las referencias a las formaciones situadas a su derecha y a su izquierda. Del Partido Popular (PP) celebró su avance hacia el centro político, plasmado en la imagen de José María Aznar reivindicando a Manuel Azaña. Pero también reparó en que su discurso era vago y errático, carente de un programa claro y plagado de lugares comunes y expresiones inanes, como la voluntad de «regenerar España». A su vez, el desgaste del PSOE aumentó las opciones de una Izquierda Unida (IU) agrupada bajo el liderazgo mesiánico de Julio Anguita.

Mientras, ETA seguía matando. Y aquí Juliá condenó sin paliativos la ambigüedad del Partido Nacionalista Vasco (PNV), liderado por Xabier Arzalluz: sus silencios, sus palabras equívocas, tenían «el aire de una justificación, de una comprensión» de la violencia, señaló en octubre de 1994. Violencia que la Iglesia vasca, encabezada por monseñor José María Setién, legitimaba al

alimentar las imágenes del martirio, al identificar «la lucha armada con la salvífica muerte de Jesús», reprochó en octubre de 1988. Pese a su retórica independentista, la violencia etarra entroncaba con el peor pasado español, aquel que ensalzaba «la nación sagrada, la pistola exaltada como arma de política, los gritos de viva la muerte, el exterminio», escribió en febrero de 1996, tras el asesinato de Francisco Tomás y Valiente, catedrático y antiguo presidente del Tribunal Constitucional.

También abordó en estos años los estrechos vínculos entre la Iglesia y el nacionalismo en Cataluña, donde Jordi Pujol había convertido a *Convergència i Unió* (CiU) en la fuerza nacionalista hegemónica, «con todo el poder catalán en sus manos», subrayó en mayo de 1994. Pujol, además, había consumado la estrategia seguida por el catalanismo conservador desde principios del siglo XX: ser decisivo en la política nacional sin desgastarse por participar en el Gobierno.

Más allá del acontecer político puntual, asomaron otros temas. La Iglesia se resistía a perder sus privilegios, observó en diciembre de 1983, asunto al que dedicará un considerable volumen de artículos en su actividad como comentarista político. La «cultura política del pacto» había permitido cerrar las heridas de la Guerra Civil, afirmó en noviembre de 1994. También había consolidado la democracia y apuntalado la Monarquía, no ya por el carisma de su titular, sino porque la Corona reconocía a «la nación como único sujeto de soberanía», precisó a continuación. Pero al final de esta etapa ya reparaba en que la disposición al pacto cedía el paso a una creciente polarización, pues los partidos se entregaban a «juegos insensatos» de palabras, dirigidos a deslegitimar al adversario. También en que la Transición comenzaba a ser percibida como fuente de todos los males del presente, condena que siempre juzgó arbitraria pues ignoraba las responsabilidades contraídas por los gobiernos de la democracia desde 1982. Estos asuntos protagonizarían las etapas siguientes.

1. PSOE: DE LA TABERNA AL GOBIERNO

29 de octubre de 1982

En los orígenes fue una familia en torno a un abuelo. El socialismo español apareció, más que irrumpió, en el escenario de nuestra reciente historia como grupo de obreros de alpargatas –de los entonces llamados conscientes– que celebran con una comida de fraternidad y en un restaurante barato de los Cuatro Caminos madrileños su unión política. Pocos se enteraron, y menos festejaron, el nacimiento de la criatura.

El grupo no gozó, en los primeros lustros de su existencia, de fuerte salud, y su abuelo guardián, Pablo Iglesias, veló celosamente –animando a unos, reprimiendo a otros– para que no sufriera la contaminación del ambiente, que no era poca en la España de la Restauración. La primera historia del socialismo es la historia de la escueta burocracia política de un movimiento sindical que pregona su programa máximo sólo para dedicarse, al resguardo de cualquier aventura política, a un programa mínimo. Los socialistas de la primera hora se encerraron en su gueto más que obrero, obrerista, con el exclusivo propósito de garantizar su lento y seguro crecimiento y obtener así algunas mejoras para una clase obrera que llamaba con desesperante parsimonia a las puertas de sus sociedades de oficio. De dimensiones raquílicas, si se compara con sus hermanos europeos de la Internacional, el socialismo español

entró en el siglo atrapado en las redes, tan amorosas como asfixiantes, que el abuelo había tejido para él.

La que ya desde 1898 fue galopante crisis del sistema político de la Restauración hizo salir a la enclenque criatura de su amable gueto. El socialismo, que había enfatizado su carácter obrerista hasta el extremo, tuvo que unir fuerzas con el otro movimiento reformador que crece en España como denuncia, primero moral y luego política, de ese sistema oligárquico y caciquil en que vino a parar el invento de Cánovas. A partir de los años diez, la burocracia política del movimiento sindical socialista hace un hueco a su vera a intelectuales y profesionales que empujan al socialismo hacia el encuentro con los reformadores de las clases medias urbanas, en ruptura con una Monarquía que de parlamentaria y constitucional sólo conserva la fachada, nada lustrosa por cierto.

Y así acabarán por confluir a ese río humano que celebra gozosamente la instauración de la República española un día de abril de 1931, las dos únicas corrientes políticas reformadoras de nuestro siglo. Por una parte, los socialistas, dedicados por entero a una política social que dignifique el trabajo y la vida de una clase obrera situada en esa ancha franja que limita por un lado con el mal tirar y, por el otro, con la desesperación y el hambre. Por otra, los republicanos, empeñados entonces en modernizar un Estado cuya más probada habilidad consistía en canalizar a través de redes amiguistas y corporativas los recursos y el poder públicos para beneficio de intereses privados y parciales. Con sus proyectos de reformas sociales y su propuesta de un nuevo Estado, los socialistas y los republicanos constituyeron –tras no pocos avatares– la espina dorsal que hizo tenerse en pie a la Segunda República, cuyo mejor símbolo es, en la capital del nuevo Estado, el abrazo de los obreros que suben de Lavapiés con su blusa azul y los intelectuales que descienden de San Bernardo con su cartapacio bajo el brazo.

Las fracturas republicanas

Con todo, la confluencia de esas dos amplias corrientes reformadoras, enfrentada a la desmesura de los problemas que quedaron pendientes entre los escombros de la Restauración y la Dictadura, provocó en el seno del socialismo la reaparición de una antigua línea de fractura entre la tendencia obrerista –que se presentaba con el embeleco revolucionario– y la tendencia políticamente reformadora. La fractura llegó esta vez al límite y la querrela interna que se abrió en el socialismo en 1934 y 1935 acabó por escindirlo. El desgarró del socialismo español supuso la parálisis de la mayor fuerza política de izquierdas con que contaba la República. A causa de la debilidad que esa fractura produjo en las defensas republicanas, la rebelión militar de 1936 se llevó por delante tanto a quienes pretendían una nueva sociedad como a quienes se contentaban con afianzar un nuevo Estado. Porque, en definitiva, construir en tan corto periodo de tiempo y frente a tan poderosos enemigos otra sociedad con otro Estado resultó un proyecto desmesurado para las fuerzas en que se apoyaban el socialismo y el republicanismo: un sector de la clase obrera y campesina y otro de las clases medias urbanas. El tremendo esfuerzo que ambos hicieron para resistir la ola de premodernidad adornada de salvajismo que se les echó encima en forma de militarismo sacral acabó por aniquilarlos y disolver su alianza histórica.

No su herencia. Pues si es cierto que la historia nunca se repite, ni siquiera como farsa –salvo que algún farsante de uniforme se empeñe en dar la razón al Viejo Topo–, también lo es que las grandes corrientes históricas acaban por vencer a sus presuntos enterradores. De este modo, la liquidación del obrero consciente que formaba la primera familia socialista, y la desaparición del intelectual republicano que formó el núcleo de la primera política reformadora, han permitido que sus herencias se fundan ahora no ya simbólicamente en alguna celebración festiva, sino orgánicamente en un mismo partido.

Una nueva clase obrera

Porque si bien se mira, lo que ocurre con el socialismo tras la muerte de Franco es que, por una parte, renacen sus vínculos históricos con un poderoso movimiento sindical. El fundamento obrero del socialismo es fuerte ahora, tan fuerte o más que en épocas anteriores, ya que no sufre por su izquierda la presión de un movimiento sindical como fue la CNT. Ahora bien, la transformación de la clase obrera hace posible que sus intereses coincidan, en el interior de un mismo partido, con los de otros sectores de la sociedad. Quizá por vez primera en su historia, el socialismo español puede ser obrero sin ser obrerista. Al mismo tiempo, el hecho de que las clases medias urbanas hayan perdido la retórica republicana o, por decirlo de otro modo, sean tan modernas que prefieren atender a los contenidos de los regímenes políticos más que a sus formas institucionales posibilita que sus proyectos reformadores se expresen en idéntico partido que canaliza intereses obreros. Si, pues, la desaparición de la alpargata hace posible la aparición de una nueva UGT, la suerte corrida por el republicanismo hace posible la emergencia de un nuevo PSOE, que por recibir un contingente sustancial de profesionales y técnicos sin perder e incluso afianzando su apoyo obrero, no necesita ya la vieja alianza de los años treinta para acceder al Gobierno, sino que se convierte él mismo en Gobierno. Y así, y por la misma razón que puede ser obrero sin ser obrerista, el PSOE puede –también por vez primera– gobernar sin ceder a su derecha las riendas del aparato del Estado. Esto, en España, jamás había podido ocurrir antes. Esto es, por tanto, un fenómeno histórico y no una mera coyuntura política.

Naturalmente, la desaparición de la doble base en que se apoyó el reformismo español hasta que fue liquidado por el franquismo, y su reaparición en una síntesis novedosa, ha sido posible por la propia transformación de la sociedad. Antes de la Guerra Civil era posible, y casi fatalmente necesario, que fuese un partido obrero el encargado de la política social y otro de clases medias el

que asumiera el Gobierno del Estado: el PSOE, a pesar de su mayor fuerza, cedió entonces la primacía a los republicanos. En la sociedad industrial que es la nuestra, esas tareas ya no están separadas: no hay posibilidad alguna de hacer política social sin controlar al tiempo los recursos del Estado.

Ahora bien, la fusión histórica en un solo partido de las dos corrientes del reformismo español, además de basarse en una nueva sociedad, se ha visto claramente favorecida por una circunstancia que puede arruinarla: los tremendos obstáculos que en el mismo corazón de un aparato de Estado, que es la monstruosa y deformada imagen del Estado de la Restauración, pueden levantarse contra la reforma. Favorecida, porque la magnitud de la tarea de racionalizar y modernizar la Administración y los servicios públicos ha revelado la incapacidad política del centro y ha dejado el terreno libre a la izquierda porque en la derecha nadie es reformador. Y arruinarla, porque las expectativas de reformas en tantos y tan diversos ámbitos de la vida y su probable frustración, siquiera parcial, pueden provocar en el seno del socialismo la reapertura de su vieja fisura histórica.

El precio pagado por los socialistas para llegar a ser la primera fuerza política de España ha sido mantener en tensión, sin renunciar a ninguno de ellos, los dos polos de la doble herencia reformadora de que hoy son depositarios. De su capacidad para mantener esa tensión en una síntesis creadora depende, ante todo, su propio futuro y, tal vez, el Gobierno del Estado. Quizá pueda vislumbrarse un signo de esperanza en la lectura de Manuel Azaña que, según las crónicas, Felipe González ha hecho durante su gira electoral.

2. LA LODE Y LA DOBLE LÓGICA EPISCOPAL

6 de diciembre de 1983

En las postrimerías del Antiguo Régimen, los ilustrados franceses blandieron el beligerante concepto de la impostura sacerdotal para mostrar cómo había obtenido la Iglesia privilegios materiales y muy terrenos con un argumento teológico muy celestial. Hoy, con el Antiguo Régimen disuelto, sería un anacronismo denunciar la secular impostura eclesiástica. Sin embargo, los administradores de la creencia católica no dejan de razonar en ese doble plano, que tan pingües resultados les diera desde que san Agustín tuvo la magnificente visión de las dos ciudades. Confrontada entonces a una posible catástrofe real, la Iglesia aprendió que su salud dependía de la solidez de su implantación en ambas ciudades. Y como instrumento de esa doble presencia, no han dudado nunca los eclesiásticos –no dudan ahora– en hablar un doble lenguaje.

El meollo del asunto consiste en utilizar un argumento teológico para consolidar posiciones terrenas. Es lo que hacen estos días los obispos españoles para salvar las dificultades económicas de sus otrora florecientes centros de enseñanza. Sin inmutarse por la evidente falacia de su argumento, los obispos recurren en sus apuros a dos principios que se basan en la existencia de dos ciudades y que se desarrollan según una doble lógica.

Lógica celestial

La primera –que llamaré celestial, por seguir la tradición– parte de una concepción de la Iglesia como comunidad de creyentes, para postular luego la escuela católica como lugar o espacio de transmisión orgánica de la fe. Al definirse como espacios para la misión evangelizadora, los colegios de la Iglesia se organizarán por principios católicos, entre los que uno descuella, excelso e

inamovible: el jerárquico. En toda organización eclesial dirige aquél que goza de autoridad para dirigir, y tal autoridad nunca es delegada desde abajo, sino conferida por arriba. Así, cuando los obispos rechazan como modelo organizativo de sus escuelas el llamado *principio político*, lo que niegan es que pueda ejercerse verdadera autoridad por mera representación. La función sacerdotal no emana del pueblo cristiano: es transmitida, en buena y debida forma, por la autoridad episcopal, que, conferida por los iguales, es nombrada por el Sumo Pontífice, electo por directa inspiración divina. Este complejo sistema de cooptación, en el que descansa la secular firmeza de la institución eclesiástica, no puede ser negado por un principio organizativo de orden civil basado en la representación.

Concebida como comunidad de creyentes, la escuela católica tendrá a su frente a un director, nombrado por su superior legítimo, y dispondrá de un equipo de dirección, seleccionado entre los más entusiastas miembros de la comunidad. La lógica celestial desemboca, pues, en la exigencia de una organización escolar específica que entraña un principio de orden interno, al que se añade una capacidad decisoria hacia el exterior: es el director quien selecciona al personal docente que pretenda ser admitido en la comunidad y a los alumnos que deseen participar como sujetos beneficiarios del mensaje de la fe y emprender el camino de la salvación. Dicho en términos más laicos: el director del colegio, nombrado por su legítimo superior, además de organizar la vida escolar, se reserva el derecho de admisión de profesores y alumnos.

Esta lógica –no hay que decirlo– es perfectamente invulnerable en su propio ámbito religioso. Libre es la Iglesia de abrir, mantener y organizar como quiera cuantos espacios desee para transmitir, orgánicamente o no, su fe. El problema no es éste. El problema es que la Iglesia, que es libre para establecer cuantas comunidades escolares quiera, carece de dinero para mantener todas las que ya tiene. La lógica celeste quiebra precisamente en el punto en que esos centros religiosos necesitan para sostenerse los recursos de la comunidad cristiana: los católicos no parecen dispuestos a seguir

la *Declaratio de educatione christiana* del Vaticano II y financiar los lugares en que se transmite su fe.

Lógica terrenal

Y aquí es donde entra en función la otra lógica, que llamaré terrenal y que parte del axioma de la Iglesia como sociedad perfecta. En virtud de esa nueva condición, los servicios que la Iglesia presta a la sociedad civil –entre ellos, la educación– no tienen carácter privado, sino público, y el Estado así debe reconocerlo. La Iglesia es responsable principal de unos servicios que el Estado asumirá sólo de forma subsidiaria.

Una sociedad perfecta, la Iglesia, en un Estado subsidiario: dos fantasías teóricas que legitiman reivindicaciones nada fantasiosas. Pues si la Iglesia es sociedad perfecta, será libre para crear sus colegios, y si el Estado es subsidiario, vendrá obligado a financiar esa libertad inyectando dinero público en colegios que –recuérdese– no son privados. Los obispos equiparan así un sistema escolar libre a aquél en que el Estado sostiene y potencia centros de la Iglesia, por donde vendría a resultar que la escuela española de los años cuarenta era libre, mientras que la inglesa, pongo por caso, gemiría bajo la opresión.

Habrá que dejar la mirada reposar sobre el presente para que no le entre la irritación por el pasado. Y el presente es que si, en efecto, los colegios católicos prestan un servicio público con fondos públicos, no hay ningún motivo para que no cumplan las exigencias públicas relativas a la necesaria programación de centros para atender demandas sociales, a la participación escolar y a la no discriminación de demandantes de puesto docente por razones ideológicas u otras y de solicitantes de puesto escolar por razones biológicas o sociales.

Insoportable, dicen, retornando a la lógica celestial, pues con esa lógica, que silencia el carácter *perfecto* de la Iglesia para enfatizar su naturaleza *religiosa*, se demuestra que cualquier norma legal

que establezca principios organizativos de la sociedad civil para una comunidad de creyentes viola derechos anteriores al Estado y, en el límite, constituye una persecución. Lo que vale para la ciudad terrena no valdría para la celeste, y viceversa. De modo que, tras recoger con su mano terrenal una sustanciosa suma de fondos públicos, la Iglesia levanta su mano celestial y acusa al Estado de atacar a la religión. Y todo porque una ley civil pretende concertar, según criterios de programación y participación, la importante ayuda que el Estado destina cada año a la enseñanza privada.

La tremenda desconfianza en el profesorado de sus propios centros y en los padres de sus alumnos, que asoma en las recientes declaraciones episcopales, sólo es comprensible si se recuerda que la Iglesia es una institución jerárquica cuyo entramado se fundamenta en un mandato divino de custodiar el depósito de una fe. No hay, por tanto, lugar para principios civiles. La desmesurada reacción de los obispos ante la LODE es la nerviosa defensa de un principio organizativo radicalmente distinto del principio de organización de la sociedad civil.

Y, realmente, nadie les obliga a organizarse según principios civiles. Nadie tiene interés en indicar a la Iglesia cómo debe organizar su vida parroquial y nadie le dicta hoy los contenidos de su predicación. La Iglesia goza de libertad para crear sus colegios y organizarlos de acuerdo con su tradición y su doctrina. Lo único que pasa es que cuando solicitan fondos públicos, argumentando por el servicio público prestado y por las garantías a las libertades públicas, los obispos deben llevar su argumento hasta el final, y no romperlo a mitad de recorrido para introducir otra lógica sobre la que descansarían derechos particulares a la institución eclesiástica. El Antiguo Régimen está acabado desde la Revolución Francesa: ya no hay dos ciudades y no cabe fundamentar un privilegio privado en el hábil manejo de una lógica dual.

3. ÉTICA Y NEUTRALIDAD

12 de marzo de 1986

La preponderancia entre nosotros del discurso ético-filosófico de la política no tiene quizá otra explicación que la miseria del propio discurso elaborado por los políticos. Incluso cuando se muestran hábiles en el manejo de las situaciones nuestros primeros políticos brillan por la carencia de eso que Azaña definió como un pensamiento central que organice el ejercicio del poder. De ahí que al vaciarse de su anterior discurso ideológico transmitan una sensación de pragmatismo a veces errático y en ocasiones determinado por fuerzas incontrolables a las que someten sus más íntimas convicciones. Penuria de ideas y torpeza de expresión –por seguir con Azaña– es lo que caracteriza el lenguaje de los dirigentes políticos españoles.

De ambas cosas andan sobrados filósofos y moralistas. Así que han decidido ocupar un terreno tan gentilmente cedido por quienes creen que la palabra no es ya –sólo la imagen– una fuerza política. La estrategia de los profesores de ética ha consistido en hablar como si la realidad del poder careciese de materialidad, como si se tratase de una representación, y en sustituir luego el análisis de lo concreto histórico-material por una invocación a los valores morales. Erigidos en poseedores de la razón y maestros de la ética, están en condiciones de dominar la historia y administrar consejos para su mejor conducción.

Ninguna ocasión mejor que ésta de la OTAN, servida en bandeja por el partido en el poder. Nadie de entre los más ilustres profesores ha dejado de amonestar, como era previsible, al Gobierno. Éste, echándole en cara sus evidentes fracasos en terrenos que nada tienen que ver con política exterior o argumentando su *no* con el despropósito de que dentro de veinte años no habrá OTAN ni Pacto de Varsovia; aquél, evocando la no beligerancia de Franco y recordando que la ética está del lado de la neutralidad.

A no ser que se tenga enfrente a los nazis o a un poder de similar catadura –lo que a veces ocurre–, nadie en su sano juicio puede estar contra la paz y la neutralidad. Lo inquietante, sin embargo, es que tales valores se defiendan sobre unos supuestos históricamente falsos y unas afirmaciones falaces. De los primeros, el más llamativo es el que asegura la tradición neutral del Estado español. De las segundas, merece quizá destacarse la que identifica abstractamente neutralidad con ética y alianza con política, como si valores éticos y políticos habitasen espacios contradictorios.

Que España haya sido en su historia reciente un Estado neutral es sencillamente falso. Hasta 1898 la política exterior española estuvo repleta de costosas aventuras que concluyeron –de nuevo Azaña– «en puros desastres o en dispendios estériles de vidas y haciendas». A partir del 98, hundida en una miseria interior que la empujó a un espanto de Guerra Civil con abundante intervención extranjera, los españoles confundieron «la neutralidad a todo trance con la menor cantidad de política exterior que podía hacerse». De modo que hasta 1936 sería preciso hablar no ya de neutralidad, sino de desastre e impotencia exterior, que no es exactamente lo mismo.

Evocar, para el periodo siguiente, la política exterior de Franco como ejemplo del que podría obtener el actual Gobierno una lección de ética constituye una irritante torpeza. Desde el mismo día en que comenzó la rebelión militar, Franco solicitó la intervención directa en suelo español de fuerzas alemanas e italianas, mientras a la República se le obligaba a pagar bien alto el precio de la neutralidad británica y del pacifismo francés. Naturalmente, es para sonreír que se proclame el valor ético de la no beligerancia ante el nazismo, pero lo grave es que al afirmarse tal valor se ignora que el estatuto de no beligerante fue la única fórmula que encontró Franco para salir de la neutralidad sin enojar a los británicos. La historia posterior hasta nuestros días es bien conocida, aunque se salta sobre ella como si no existiese, como si no hubiera producido efectos duraderos: España entró, por la estrecha puerta del pacto bilateral, en el sistema militar del Atlántico norte.

Y ahí es donde estamos. Pedir que se abandone ese sistema no cuesta nada: basta decir OTAN no, bases fuera. Cualquiera puede decirlo. Pero es simplemente inaceptable pretender que ésa sea la opción ética frente a su contraria, que sería así la opción política. La neutralidad es también una opción política que vale lo que valgan sus efectos políticos y no su abstracta fidelidad a unos valores éticos. A los belgas les valió su neutralidad lo mismo que a los franceses su pacifismo: un lustro de dominación nazi, que se habría eternizado si una potencia atlántica no hubiera roto por segunda vez su tradición neutral y entrado en guerra contra Alemania. ¿Quiénes, si se puede saber, fueron entonces más éticos, los neutrales o los beligerantes?

Negar a la neutralidad un presunto valor ético superior no significa atribuírselo sin más a cualquiera de las otras opciones posibles. Pretende tan sólo llevar al terreno que le es propio la discusión sobre decisiones políticas. Y aunque produzca sonrojo decirlo, ese terreno es el de los valores políticos y no el de una ética abstracta. Lo que ocurre es que no puede surgir una verdadera discusión política si no se analizan en público los determinantes materiales, históricos, de una decisión y los escenarios de sus posibles efectos. Ejercicio por demás inexcusable en una democracia, el Gobierno recoge ahora, con esta eclosión de demagogia filosófica, los efectos de su renuncia a la palabra política y de su sustitución por el vacío de pensamiento. Es buena ocasión, clama otro filósofo, de hacérselo pagar.

Pero lo que la sociedad y el Estado español se juegan en esta desgraciada historia del referéndum es excesivo para pasar, con este motivo, la cuenta que cada cual tiene pendiente con el Gobierno. Los Estados europeos, tal como hoy existen, son inconcebibles sin la obligada renuncia a los mitos de la independencia y soberanía nacional, al aislamiento, al fanatismo y la exaltación nacionalista. Francia y Alemania, el Reino Unido e Italia, ayer en guerra, son hoy lo que son porque han integrado sus economías y sus mercados, porque han establecido las bases de una incipiente unidad política, porque han multiplicado sus intercambios culturales. También,

y no en último lugar, porque han edificado un sistema colectivo de defensa. Quizá los profesores de ética podrían preguntarse si acaso la vigencia de valores políticos tales como el fin de las guerras europeas, la seguridad de fronteras, las libertades públicas, la solidez de los sistemas de representación popular no guardan alguna relación con ese proceso de creciente y múltiple integración. Una cosa al menos es cierta: antes de que ese proceso comenzara Europa vivió en estado de guerra permanente, que ninguna neutralidad fue capaz de evitar. ¿Dónde radican, pues, los valores políticos más firmes, en la neutralidad o en el impulso a ese proceso de múltiple y colectiva integración?

4. UN PARTIDO SIN PALABRAS

27 de octubre de 1986

Cuando irrumpió en el escenario de la política española apenas tenía el Partido Socialista otra cosa que palabra. Blandiéndola como su arma más poderosa, ya que de afiliados andaba por entonces escaso, emprendió el PSOE su ascenso hacia el poder.

Fue una palabra eficaz, más por la convicción que la impregnaba y por el impulso moral que transmitía que por su contenido político. De lo que sería preciso hacer en lo inmediato pocos estaban seguros, pero todos estaban convencidos de la meta. La meta era el socialismo, al que se llegaría no desde luego por una revolución, pero sí por un proceso de transición. En torno a esa idea se celebraron mesas redondas, se prepararon brillantes ponencias, se organizaron mítines entusiastas.

Con el discurso de la transición al socialismo en los labios fueron los socialistas ocupando los llamados espacios de libertad. Pero aquella palabra central, que sirvió para orientar la marcha en la ocupación del nuevo espacio, resultó inservible para señalar el camino a seguir una vez el espacio ocupado, es decir, y por seguir con la jerga del momento, cuando los espacios de libertad se

convirtieron en espacios de poder. Sus contenidos parciales –auto-gestión en lo económico, República en lo político– fueron cayendo en el olvido a medida que los diputados se sentaban en el Parlamento y los concejales y alcaldes entraban en los ayuntamientos.

Finalmente, cuando ya no quedó más espacio por ocupar que el Gobierno del Estado, el motivo central de aquel discurso se desvaneció: nadie ha vuelto a hablar nunca más de transición al socialismo (por eso quizá hablan ahora todos de su futuro).

Reforma radical

Al abandonar la palabra dura se cargó el acento en la blanda cuidando de adjetivarla duramente: el PSOE sería, desde el Gobierno, el partido radicalmente reformador. La reforma radical, como locución organizadora del nuevo discurso socialista, sustituyó a la transición al socialismo con suavidad similar a la que en su día acompañó la sustitución por la reforma del viejo y entrañable vocablo de revolución.

Pero la reforma radical era, cuando se formuló, una idea, una palabra, no la expresión de una práctica política, de una acción de gobierno. Su función consistió en armar ideológicamente al partido para hacerle llegar hasta el Gobierno, pero resultó completamente muda respecto a lo que sería preciso hacer una vez el Gobierno en las manos. A lo más que se atrevía ese discurso era a enumerar los ámbitos en los que se introducirían reformas radicales: Administración del Estado, servicios públicos, economía. Nada quedó fuera, porque nada costaba realmente agotar la enumeración: Policía, Guardia Civil, Fuerzas Armadas. Todo sería reformado, incluso la política exterior.

¿Qué ha ocurrido desde entonces a la palabra socialista? Pues que su choque con esa realidad material, dura y resistente, que es la sociedad industrial ha producido su estallido en discursos fragmentados, cuando no simplemente el silencio. Quien no calla habla su propia lengua parcial, tomada a veces en préstamo a

aquellos sectores y cuerpos de la sociedad que se pretendía reformar.

No hay ya ningún pensamiento central, ninguna palabra nuclear que guíe a la acción socialista en su conjunto: pasar de la transición al socialismo para llegar por la reforma radical al buen camino es algo más y diferente a un deterioro, es un derrumbe.

Este hundimiento de la palabra central constituye una novedad en la historia del socialismo. Los socialistas han dispuesto siempre de un cuerpo de ideas que les ha identificado y que ha impregnado de sentido su acción.

El eclipse actual de esa palabra no es ciertamente privativo del socialismo español, pero aquí ha ocurrido a medida que se afianzaba en el poder. Llegar al poder, ejercerlo y conservarlo aparece así –y así muchos lo experimentan– como una consecuencia de la pérdida de discurso, de identidad y de sentido.

Cinismo político

Tal conclusión abre las puertas al cinismo político, o sea, a esa forma de poder que consiste en mezclar sabiamente el carisma personal de un líder con la disciplina que es capaz de imponer un jefe. Carisma y disciplina dan estabilidad a las organizaciones políticas, pero, a falta de otra cosa, refuerzan su silencio, porque agostan las fuentes de la palabra, cegándolas con la adhesión, que es un grito, y la obediencia, que es un murmullo.

Quizá haya sido conveniente durante un tiempo hablar menos, sobre todo por la eclosión de discursos ideológicos, moralizantes y vacíos de contenido político que caracterizó los años de la Transición. Pero quizá sea hora ya de que el socialismo español recupere la voz y la palabra y comience a hablar un lenguaje político que no se limite a ratificar beatamente la acción de gobierno o a discutir ideológicamente sobre el futuro. El socialismo ha sido desde su origen crítica del presente, incluso aunque el presente estuviera gobernado por socialistas.